

Epílogo

Redal nunca había entrado en ese edificio. Lo había visto todos los días desde lo alto de la Fortaleza Flotante, impertérrito sobre la loma alejada. Era un bloque de piedra negro y aislado de todo rastro urbano, rodeado por una valla arbolada a la que muy pocos se acercaban.

Caminaba por el corredor escuchando las explicaciones de Nicolas, el gerente de la casa de los susurros. Las frías y grises paredes que estaban mucho mejor iluminadas que las mazmorras de su fortaleza. Tras él caminaba el Consejo Real al completo, parlotando unos con otros despreocupadamente.

Nicolas se detuvo frente a una puerta e invitó al rey a pasar, seguido por el chambelán Lord d'Estaing, el Mariscal Richard Val'Dargant, el Pontífice y el Juez Supremo. La sala estaba alumbrada por varias teas agarradas a las paredes, así Redal pudo distinguir la silueta de su hombre de las finanzas, Philippe Val'Detignes.

Nicolas cerró la puerta con un portazo que despertó a alguien que permanecía expuesto ante ellos, colgando de sendos brazos que tenía encadenados a dos poleas con las que lo presumiblemente lo habrían elevado, y cuyos pies colgaban ensangrentados, sin uñas. Redal observó, por el color de su piel, que no era mohadí.

– Aquí lo tenéis, Majestad. Adelante, preguntad, no seáis tímido –instó Nicolas.

– Gracias –masculló entre dientes, pues ese viejo desdentado, escuálido y pegajoso de rostro horripilante le provocaba escalofríos–. Disculpe que le despertemos, buen hombre, pero díganos, ¿qué le trae por aquí?

La pausa produjo un silencio incómodo. El hombre, cuya única prenda era un taparrabos, tenía la piel rosada y manchada de surcos rojos, además de moratones en el vientre y las costillas. Su cara parecía un retrato malhadado realizado por un crío, y se intuía que quedaba muy poco de su rostro original. Un enorme bulto amoratado escondía uno de sus ojos, y el otro estaba rasgado.

– ¡Oh! ¡Por los caídos, le falta una oreja! –se giró hacia la patraña de hombre que era Nicolas–. ¿Puede oírme?

– Ya lo creo que sí. Espere, voy a animarle a hablar –y se dirigió hacia la mesilla donde yacían multitud de herramientas pequeñas: agujas, cuchillos, tijeras, martillos... Eligió un escalpelo y se acercó al rebelde.

– Po... Po Favor... No –balbuceó con voz débil y mortecina.

– Lo veis –bromeó Nicolas–. Me quedaré aquí cerca por si hace falta dibujarle una oreja en el cráneo.

Nicolas fue el único en carcajearse con su ocurrencia. El Pontífice miraba al hombre cómo si fuera un fantasma, mientras que los demás aguardaban con el rostro serio.

– Decidme, buen hombre, ¿qué os traía a mi humilde fortaleza?

– Nos... obligaron.

– ¿Ah, sí? ¿Quién?

– S... Sand.

– No conozco a ese hombre. ¿Es suná?

– Si me permitís, Majestad, quizá un servidor pueda iluminaros más que este despojo de Suna –intervino Nicolas–. Junto con otros interrogatorios, hemos podido recabar bastante información sobre estos terroristas. Se conoce que han montado una compañía exclusivamente dedicada a saquear la parte Oeste del desierto de Mohad, cuyo líder es ese tal Sand.

– Eso no explica sus ojos rasgados –objetó el rey.

– Oh. Claro. Tanto varios de los prisioneros como de las víctimas eran gentes de Suna. Los que aún pueden hablar aseguran que los enviaron al desierto por robar o asesinar.

– El desierto pertenece a Mohad. ¿Estáis insinuando que el Emperador Samprati Tercero está enviando a parte de su población a nuestras tierras? –inquirió el Mariscal Richard.

– ¿Quién ha insinuado algo? Se me da muy mal insinuar, Mariscal. Suna está enviando a sus delincuentes a nuestro desierto, sin duda para engordar las filas de los escarabajos e incitarles a saquear a nuestros honrados mercaderes.

– ¡Eso es intolerable! ¿Cómo se atreve ese gordo cabrón a violar nuestra tregua?

– No me preocupan en exceso los despojos que mande el Emperador. Lo que me preocupa es cómo demonios un grupo tan numeroso logró infiltrar mis muros sin que la guardia real se enterara –clavó sus ojos marrones en el suná moribundo–. ¿Alguna idea?

– Planos...

– ¿Planos de la Fortaleza Flotante? ¿De dónde diablos los sacasteis?

– Sand...

– ¡Joder! ¿iDe donde los sacó ese miserable!? –se enfureció Redal.

– Sand los... dibujó.

El silencio se abatió de nuevo en la húmeda sala gris. Nicolas jugaba con el escalpelo pasándoselo de una mano a la otra como si fuera una pelota, pero con una asombrosa habilidad. Las borrosas sospechas de Redal se hacían cada vez más nítidas.

– ¿Cuándo llegó ese Sand? ¿Cuándo integró los escarabajos ese hijo de puta?

– No... No lo sé.

– ¿Cómo es?

– Alto. Piel negra. Pelo negro. Ojos... verdes.

– ¡Joder! –lanzó el rey, abandonando la sala como una furia.

El cortejo de consejeros lo siguió en cuando empezó a alejarse por el corredor. Todos sabían en qué estaba pensando, pero ninguno de esos grandes hombres se aventuró a decir algo.

Una vez fuera, donde aguardaban los guardias, Redal respiró hondo y fulminó a los integrantes del consejo real con la mirada.

– Conocemos a ese hombre, ¿verdad? –dijo, o preguntó. No había quedado claro si realmente esperaba una respuesta, conque ninguno de esos altos cargos se atrevió a decir nada—. Es Akun.